

LA MUERTE DE LOS AMIGOS

Manuel Fraga Iribarne

UNA de las muchas lecciones que he recibido de ese gran español que es Juan Ignacio Luca de Tena es que hay que recordar a los amigos muertos.

Hay que recordarlos, como diría un escolástico, primero, porque eran amigos, y segundo, porque están muertos. Por amigos, que es decir una de las cosas más grandes que nos es grato tener en esta vida. Por muertos, es decir, porque han pasado la puerta definitiva, la que da medida y sentido a esas mismas vidas.

La amistad es un bien raro. Lo ha sido siempre. Todos tenemos muchos conocidos, numerosas relaciones sociales, bastantes compañeros de profesión, abundantes paisanos con los que nos encontramos con gusto, parientes a los que nos debemos, personas con las que compartimos ideas e ilusiones. El amigo es otra cosa. Es una persona con la que quizá hemos coincidido tarde o casualmente; con la que posiblemente no estamos de acuerdo la mayoría de las veces; que tiene su propia vida, en conjunto muy separada de la nuestra, pero con la cual creamos unos vínculos de simpatía, de mutuo respeto, de lealtad básica, de confianza, que no es fácil definir, pero que todos sabemos reconocer. A esas personas llamamos amigos y son un enriquecimiento de nuestras vidas, que se empobrecen también cuando ellos desaparecen.

La muerte es la desaparición definitiva. Bien sé que para los creyentes la vida no se quita, sino que se muda; y que en la resurrección definitiva esperamos volver a encontrar a nuestros amigos, incluso en su misma carne. Yo así lo espero y pienso que será gratísimo volver a encontrar a éste con su humor infatigable, a prueba de disgustos; a aquél con su mal genio, de hombre entero que no se doblaba; a aquél con su talento escudriñador que atravesaba los problemas; al otro, en fin, que siempre escuchaba y ponía de acuerdo.

En pocos meses he visto pasar a varios amigos. Adolfo Muñoz Alonso, aquel hombre proteico que nos hacía majos a todos a fuerza de serlo él. Gaspar Gómez de la Serna, alma grande en cuerpo frágil, escritor de

raza, compañero leal. Ignacio Agustí, aquel catalán abrasado de amor; a su familia, a sus amigos, a su Barcelona, a su Cataluña, a su España, a su Europa, a su Humanidad, a su Dios. Federico Muelas, como su Cuenca incomparable, colgado siempre sobre un abismo poético cuyo villancico dedicado ya no nos llegará este año, cargado de esperanza. Javier Conde, que acababa de publicar sus dos volúmenes de ensayos políticos, ejemplo de buen trabajo intelectual. Pepe Mateu de Ros, corazón abierto, hombre de dotes extraordinarias para la acción conciliadora. Don Juan Zargüeta (los hombres de mi edad no podíamos llamarle de otro modo), secretario perpetuo de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, cargo que ocupó efectivamente durante más de medio siglo; y que todavía hace poco, frizando en los noventa, nos impresionaba hablando de Bergson, sin una nota ni un fallo. Don José de Yanguas Messía fue mi maestro y mi amigo, o sea, dos veces amigo. Lo fue todo en esta vida: de buena posición, con un título nobiliario, de reconocido saber, ministro de Estado, embajador en la Santa Sede, presidente de la Asamblea Nacional. Conoció también el exilio y la saña implacable de los enemigos. Yo le recordaré siempre como un profesor amable que seguía con interés, buen consejo y ayuda a sus discípulos en sus carreras posteriores. En estos últimos años, siendo presidente de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, todos admirábamos su increíble capacidad para decir, después de cada intervención, la palabra justa; siempre amable, por supuesto, pero justo.

Dejo para el final a tres hombres particularmente entrañables. El primero es Florentino Pérez-Embid. No hace falta decir que no nos parecíamos en nada. A él le gustaban unas cosas; a mí, otras. Él odiaba el ejercicio físico, que a mí me encanta. Estábamos en posiciones políticas y en conexiones de grupo que nada tenían de próximas. Pero año tras año comíamos en el Mesón de Fuencarral para cambiar impresiones; o yo iba a la Magdalena, en Santander, a aquella Universi-



Manuel Fraga Iribarne en la presentación de la revista «Atlántida». Marzo 1963.

dad, perdida en el mar, a dar un paseo juntos; o él venía, como este verano, a mi Galicia, a pasar unas horas en mi casa, camino de la muralla de Lugo, la más importante del mundo romano, cuya restauración habían decidido él y el buen lucense Falcón. Yo intenté persuadirle (sin efecto) de que hiciera una carrerita mañanera, estimulante del miocardio.

Pero en los miocardios, como en todo lo demás, mandamos muy poco y la última palabra la dice Dios.

El segundo es monseñor Ramón Lamas Lourido, gran canonista, catedrático de Valencia, auditor de la Rota romana y también de la española. Un sacerdote que era moderno antes del Concilio, porque también había sido marino y había dado la vuelta al mundo. Una vida asomada a una de las facetas más terribles y decepcionantes de las vidas de los demás; a saber, las causas matrimoniales. Habrá quien se divierta contemplando las tremendas procacidades que allí salen; para un hombre de bien, ver el amor convertido en odio y la unión en guerra a muerte debe ser demoledor. Pero él siguió creyendo en el bien, el amor y la justicia. Luchó muchos años con la muerte, que le rondaba por todos los lados; de pocos cabe esperar que hayan pasado sus puertas angustiosas con mayor serenidad.

Creí que éste iba a ser el final. Ya terminado el artículo se me ha muerto también Santiago Basanta. ¡Qué año, Señor! Repito lo de «se me ha muerto»

porque ese giro extraordinario del castellano nos aclara que los amigos se mueren para nosotros... Santiago Basanta era de mi pueblo, la pequeña Villalba de Lugo. Fue un brillante abogado del Estado que llegó muy joven a la cima de uno de los grupos más distinguidos de la *élite* del país. Fue subsecretario de Hacienda y consejero de Estado, aparte de una serie de brillantes actividades profesionales y financieras. Su padre, farmacéutico, había sido alcalde del pueblo; de él (como yo del mío, que también lo fue) aprendió Santiago Basanta que el que tiene un cargo no es sólo un servidor público, sino un amigo obligado de todos; más aún, a menudo, su segundo padre. Y como padre, ha de usar de amor y de afecto; también de paciencia y tolerancia, pero también de consejo y autoridad.

Los amigos se van muriendo y nos recuerdan lo que a todos nos espera, que es justamente lo que nos obliga a vivir bien. Y nos dejan su ejemplo, particularmente el de haber sabido ser buenos amigos.

En una Navidad que por segunda vez paso lejos de la patria (la tierra de los padres, de los hijos, de los amigos), recuerdo a los amigos muertos con los ojos entornados por una emoción que no es totalmente desinteresada para los hombres que hemos doblado la cincuentena. Hay que tener amigos, dice un viejo apotegma castellano, hasta en el infierno. No los quiero yo allí, sino donde mejor puedan estar: cerca de Dios.

La muerte de los amigos es, en todo caso, una gran invitación a la concordia. Algunos de ellos escribieron, en estas mismas páginas, líneas llenas de buen sentido en esta misma dirección. No hay ninguna convivencia posible en paz y en progreso si, por encima de las diferencias, no prevalece una básica voluntad de entendimiento, de concordia (acercamiento de corazones), de paz. El entendimiento de los amigos y

la paz de los muertos son el mejor estimulante para esa voluntad de arreglar las cosas en este mundo. Del que un día sólo quedará de nosotros la obra válida, reflejada en monumentos que valen más que el mármol y el bronce: los de otros amigos que dejaremos, pidiendo por nuestra paz eterna.

(«ABC», Madrid, 8 de enero de 1975.)